

# Las islas vacías

Ricardo Pérez García



Atlantis Ediciones  
Narrative Books

Primera edición  
Noviembre 2019

© Ricardo Pérez García

© Atlantis Ediciones Narrative Books  
Calle Virgen de las Nieves, 62  
28300 Aranjuez (Madrid)  
918.65.77.36  
atlantis@edicionesatlantis.com  
www.edicionesatlantis.com

ISBN: 978-84-121287-6-5  
Depósito Legal: M-36230-2019

*«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).»*



Atlantis Ediciones  
Narrative Books

*A mis padres. Por todo.*

**E**sta historia está basada en unos hechos reales. Y en otros que aún no han sucedido. Puedo decir que es una historia en construcción. Y la estamos construyendo entre todos, de modo que tened cuidado.

# Prólogo

**M**e agrada ver que la contaminación positiva, esa que no abunda, da sus frutos y afianza mecanismos para contagiar masas cual si fuera genésica panspermia.

*En la última década del siglo XX cuando pocos miraban al mar, a sus problemas y a sus necesidades emprendí un viaje a la esperanza buscando, iluso yo, cambiar el mundo o al menos alejarme de lo establecido como regla normalizada... el mercantilismo.*

*En aquel entonces la acción antropocénica no estaba en la RAE y menos en la conciencia social.*

*Hace unos días recibí la llamada de Ricardo Pérez (autor) pidiéndome permiso para poner mi nombre al buque de investigación en el que Hiroshi y Hikaru, los protagonistas de esta novela surcan los mares.*

*Me hizo recordar aquellas andanzas mías y la misma lucha por la pérdida de recursos, por la especulación del*

*mar y de manera cómplice por la apatía de todos y cada uno o de los demás que lo consienten.*

*También recordé que yo no estaba solo en esa locura de cambiar el mundo, estaba Ricardo, estaba su hermano Enrique y su otra hermana Isabel.*

*Los tres, junto con muchos otros y otras, comenzamos a construir las cuadernas, el branque, la quilla y el timón de aquel chalano que poco a poco fue capaz de navegar y seguir a día de hoy surcando las olas.*

*Agradezco Ricardo tu interés antes y ahora con este libro que suma, que falta hace que contamine al lector y que seamos más, cada día muchos más, los que libremos de la asfixia y la agonía a este rincón del universo que languidece como lo hizo Hashima.*

*Las islas vacías... debe ser además de una novela intensa y vital, que lo es, también referencia de la sinrazón humana en el momento clave del no retorno.*

Luis Laria

Presidente de CEPESMA y  
Director del Parque de la Vida

# Cochabamba, 2053

**N**ací en la isla de Hashima hace ciento ocho años, justo el día en que la bomba atómica caía sobre Nagasaki y sembraba el miedo en la generación de mis padres. En su lecho de muerte, el día en que cumplí los noventa, mi predecesor dejó escrito que en el mismo instante en que yo asomé la cabeza, el resplandor enfermo cubrió el cielo cegándolos durante varios minutos y cuando todo volvió a quedarse mudo rompí a llorar, como un augurio.

Al nacer me dijeron Hiroshi. Soy el traductor del último buque que queda en el planeta, un buque en su día de investigación, que se ha ido librando de piratas, maremotos y desgracias hasta el día de hoy. En realidad, actualmente el buque no necesita servicio alguno de traducción, de modo que, junto a mi compañero de tripulación, hago todo lo posible por mantenerlo a flote.

Hace mucho tiempo —quizás semanas, quizás meses, tal es el concepto de tiempo que tenemos en la actualidad— que no nos acercamos al único trozo de tierra que queda a la vista, bautizado Anfitea por el actual caudillo, pero tal es el estado de la mar que nos vemos obligados a correr el riesgo. Se encuentra en lo que antes

era Cochabamba, una región del interior de Bolivia, conocida por estar cerca de Potosí, a su vez una de las ciudades más altas del planeta antes de haberse convertido en el Planeta Agua. Otras regiones también elevadas, Wenquan, Cuzco, Lasha fueron hundidas por la inestabilidad debida a los fenómenos meteorológicos, quedando esta villa como arquetipo de lo que un día fue nuestra altura. Ahora tan solo queda un islote de apenas el tamaño de unos cuantos campos de fútbol, poblado por algún bandido, piratas, la mayoría delincuentes, canallas varios, todos traficantes. Eso es lo que queda de la especie humana. Supervivientes obligados a mercadear con lo poco que queda, que es nada, mendigando agua limpia a cambio de todo, suplicando cualquier otro recurso a cambio de nada. Quizás quince, quizás treinta, quizás un centenar de seres humanos en una porción de tierra gestionada por un adalid, líder por fuerza bruta que, en el fondo, solo intenta sobrevivir en un paraje como este. Gobierna desde una montañita gestionando la comida que allí crece aún, extrayendo el mineral que sirve para hacer fuego y no puedo evitar compararla con mi lugar de nacimiento. Entonces, hace ya tantos años, no lo llamábamos carbón, sino mineral, y aún continuó haciéndolo. Nos acercábamos a la isla solo en caso de necesidad o para resguardarnos de alguna tempestad, para cambiar pescado, todo lo que podemos ofrecer, por verdura o mineral; pero de eso también hace ya mucho



tiempo. Se distingue todavía el llamado antiguamente Cerro Rico, pegado a Potosí, donde el líder tiene su casa y parte de las, en su día, praderas fértiles de yuca, maíz y soja, cada vez más hundidas en el agua salada que lo reclama todo. Las burdas escolleras hechas con antiguos barcos encallados, chatarra de lo que un día fueron buques, ahora oxidados por completo, aguantan los envites del oleaje y evitan que se anegue la parte más baja de lo que queda de tierra. La porción tiene forma de luna menguante, una ensenada que protege del fuerte oleaje y de los vientos huracanados que nos asolan desde hace varios años. Tan solo era posible entrar en ella cuando tanto el caudillo como la calma del mar lo permitían, fondeando en mar abierto y, con ayuda de los botes auxiliares, atracar en la orilla accediendo por el minúsculo canal abierto en la chatarra.

Hace años se llegó a un punto en el que tanto el mar como el caudillo eran imprevisibles: si al adalid no le convencía el posible intercambio de recursos, no abría lo que él llama la *frontera*, ni aun viendo que el mar podía causar estragos en nuestro buque. Por otra parte, el mar, la tierra, los fenómenos meteorológicos, otrora previsible, se han vuelto incomprensibles para nosotros, no hay utensilio técnico ni artilugio tradicional que nos permita prever el movimiento de los huracanes, las lluvias torrenciales, las olas gigantescas que lo barren todo tras un

maremoto. Es evidente que la Tierra se ha cansado de nosotros. Y, de hecho, no tiene prisa, pues lo lleva intentando desde hace más de cuarenta años. Y lo va a conseguir, si no desaparecemos antes por nuestra cuenta.

Tengo al caudillo en la mira del único fusil que queda en el buque. No se le ve nítido, más por la lluvia fina que nos golpea desde todos los sentidos posibles que por lo maltrechos que están los cristales, pero aun así lo distingo ausente, con la cara enjuta y contrariada, quizás pensando en lo que, esta vez —por algún extraño motivo que lo lleve a acceder—, nos va a pedir a cambio por dejarnos entrar en la ensenada. Su altura no le confiere la sensación de fragilidad de los bambús mecidos al viento, sino la de un poste clavado en el suelo a una profundidad inmensurable. La lluvia parece no importarle; su pelo lacio, negro, largo en su parte anterior le cae en largos mechones sobre la cara y apenas deja ver sus ojos profundos, entrecerrados por el viento, unos ojos que un día vi cegados por la codicia, la avaricia y por una absurda y miserable ambición. Podría apretar el gatillo y no dilatar más el momento, entrar en la ensenada sin que nadie nos lo impidiese: sus acólitos están tan cegados que no sabrían continuar su barbarie. Pero me gusta tenerlo en el visor y retardar el momento recordando a Hikaru, la que brillaba con luz propia, precipitarse en el suelo después de las balas, como tantas otras víctimas de aquel sinsentido de los primeros días de Anfitea, hace ya

más de veinte años. Por momentos las ráfagas de agua me nublan la vista y pierdo la posición del caudillo, pero la de mi eterna Hikaru se mantiene en el centro del cristal rayado, con aquellos ojos ya ausentes, tendida en el suelo con su cara blanca, casi transparente, manchada de sangre. Y noto de nuevo su cabello liso, largo, fino como una de las telarañas matutinas de aquel jardín que cuidábamos primero en Japón, luego en Bolivia. Su perfume vuelve a invadirlo todo en medio de la ventisca, aquel deje a peonía y a fruta madura vuelve a envolverme y no puedo hacer más que apoyar mi dedo sobre el gatillo húmedo.

# Hashima, 1945

**E**l resplandor los cegó a todos durante varios minutos mientras yo asomaba la cabeza entre las piernas de mi madre. Estuve a la espera un instante eterno, aún sin respirar por mí mismo, como un brote, mientras los adultos volvían a recobrar la vista. El médico, la enfermera y mi padre se llevaron las manos a la cabeza durante el relámpago, protegiéndose la cara, como cuando un rayo de sol imprevisto se cuela por las ventanas que dan al sur. Mi madre se limitó a cerrar los ojos, concentrada, como si en aquel preciso instante, quisiese acordarse de algo o alguien. Según contó mi padre en aquella carta recibida hace tan solo unos años, tardaron en darse cuenta de mi cabecita colgando aun cuando recobraron la visión cegada por el fulgor enfermo. No reaccionaron, más por lo desconocido de la llamarada que por lo imprevisible, hasta que la enfermera acertó a decir un tímido *El niño*, algo que parecía absurdo en un instante como aquel, aún no repuestos del susto. Fue uno de esos instantes en los que parece ser necesario responder otras cuestiones más que atender las necesidades inmediatas. De repente, según me ayudaban a sacar el resto de mi

cuerpecito pringoso, antes incluso de salir del todo, comencé a llorar, como un vaticinio del mundo que me esperaba. No necesitaron limpiar las narices ni la boca de las mucosidades habituales, sino que salí con ellas ya limpias, como si acabase de sonarme con un pañuelo. Tras comprobar que estaba sano, mi padre salió corriendo en dirección al hotel que regentaba en la isla, pues lo había dejado en manos de un vecino en el que no confiaba del todo. En el exterior, todos parecían obviar el suceso anterior, el del fulgor, ya que se preocupaban de sus quehaceres habituales como si aquello hubiese sido un fenómeno natural al que ya estaban acostumbrados. Solo acertaron a preguntarse el porqué de aquello horas después, como si hubiesen necesitado toda la mañana para asimilar el suceso













